

P aul de Man: ¿la imposibilidad de la autobiografía?

Marcelo Topuzian

Universidad Nacional de Buenos Aires
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Argentina
armenio@sion.com

Resumen

La búsqueda de un principio de especificidad ha constituido el centro de los afanes de los teóricos de la autobiografía. Con la crisis de las filosofías de la conciencia y el llamado giro lingüístico, la constitución lingüística del discurso autobiográfico pasa a ocupar el lugar de ese principio. Pero esto puede implicar varios problemas. Por eso resulta pertinente revisar los textos de Paul de Man a propósito de la teoría de la autobiografía, fundamentalmente su "La autobiografía como desfiguración". Para de Man lo autobiográfico se convierte en una figura general de lectura válida para todo texto. Así, de Man distribuye algunas posiciones de la teoría tradicional de la autobiografía en el campo de una teoría general de la lectura: la posibilidad del autoconocimiento subjetivo que subyace a las posiciones tradicionales acerca de la autobiografía se sujeta a los mecanismos que operan en la lectura y a todos los problemas y percances que esta operación pueda suponer. Pero de Man no nos provee de ninguna aclaración definitiva respecto del funcionamiento último de las figuras que organizan el discurso autobiográfico, sino que su planteo se orienta a establecer las condiciones de imposibilidad de esa aclaración y a la vez las de su inevitable necesidad. La autobiografía no tiene que ver entonces con la posibilidad de acceso privilegiado de un sujeto a sus vivencias interiores ni con una gramática de motivos autobiográficos enumerables: su estudio sólo puede constituirse de manera verdaderamente crítica al no renunciar a las contradicciones de las que justamente surge su interés.

Palabras claves: análisis del discurso - autobiografía - teoría literaria - Paul de Man
Keywords: *discourse analysis - autobiography - literary theory - Paul de Man*

Fecha de recepción: 05-03-2003

Fecha de aceptación: 02-10-2003

La búsqueda de un principio de especificidad ha constituido el centro de los afanes de los teóricos de la autobiografía. Ya las primitivas posiciones de Wilhelm Dilthey al respecto, en el marco de su proyecto de fundamentación de las ciencias del espíritu, buscan destacar el carácter privilegiado de las obras autobiográficas a la hora de otorgar sentido a la historia. La vida vuelta sobre sí misma en la autobiografía resulta una inmejorable fuente cuando se trata de dar cuenta de las visiones del mundo históricas, es decir, de las interpretaciones a través de las cuales históricamente se entendió el mundo.

Sin embargo, más adelante se atacarán las mismas posiciones de Dilthey justamente por su inespecificidad. Esto tendrá que ver con la imposición de requisitos externos (los de los protocolos de la investigación historiográfica) respecto de los "contenidos intrínsecos" del discurso autobiográfico a que daría lugar el hecho de concebir el género como exclusivamente testimonial. La autobiografía y la investigación histórica pierden de este modo su aparente natural conexión directa a partir de la aparición en el debate en torno de la primera de las posiciones ligadas con la fenomenología. Según ellas, la autobiografía exhibe los mecanismos a través de los cuales una conciencia vuelta sobre sí misma es capaz de dar sentido a la experiencia, más allá de su función en el marco de una investigación sobre los modos históricos de concebir la vida. No se trata ya de servirse de la autobiografía para elaborar la historia, o la historiografía, sino de dar cuenta a través de la misma de los modos de constitución "intima" de la subjetividad. El texto autobiográfico es, entonces, el lugar de producción de un discurso acerca del sujeto.

Sin embargo, la figura de la conciencia vuelta sobre sí misma, más allá de todo contenido referencial e histórico, tampoco triunfa en la búsqueda del principio de especificidad al que nos referíamos en primer lugar. Con la crisis de las filosofías de la conciencia y el llamado giro lingüístico, la constitución lingüística del discurso autobiográfico pasa a ocupar, en apariencia, el lugar del principio de especificidad; de este modo, Ángel G. Loureiro es capaz de señalar, en su artículo "Problemas teóricos de la autobiografía", que el resultado de las aporías a propósito de la especificidad surgidas en el marco de las teorías fenomenológicas de la autobiografía obliga al teórico

[...] a penetrar en la autobiografía misma, en su constitución lingüística y retórica, para tratar de entender cómo ese tipo de textos engendra los espejismos del yo y del poder cognoscitivo de la autobiografía (1991: 5).

Loureiro entiende los planteos en torno del carácter "propriadamente textual" de la autobiografía como el paso definitivo en pos de la fugitiva especificidad del discurso autobiográfico. La función de estos planteos en la historia de la teoría de la autobiografía que Loureiro diseña sería la de tranquilizar la mala conciencia de los teóricos respecto de las mediaciones que necesariamente supone la constitución del "yo autobiográfico"; coloca, entonces, a Jacques Derrida y Paul de Man en el lugar de los teóricos definitivos de la autobiografía, capaces de iluminar sus mecanismos y sus modos de constitución más íntimos. El reconocimiento de estas mediaciones anteriormente inadvertidas, en este proceso de progresiva ilustración a propósito del discurso autobiográfico, daría lugar a la posibilidad de fundamentar mejor los enunciados de la

teoría de la autobiografía, sin dejar nada librado a concepciones o formulaciones no analizadas.

Pero esta supuesta culminación del análisis que supondría la atención a la constitución eminentemente verbal de la autobiografía entra en conflicto con, por ejemplo, las posiciones del mismo Paul de Man al respecto. Suponer que sus planteos se orientan hacia una exposición detallada de la estructura tropológica de la autobiografía como medio para evitar las confusiones habituales en las perspectivas tradicionales implicaría una inadvertida gramaticalización de la retórica sobre cuyos efectos el mismo de Man nos alerta (1990: 28-30). Presentar la autobiografía como la relación entre "yo" y "mundo" mediada por el texto implica que ya se sabe de antemano con certeza y se puede emitir un juicio acerca de qué sean o en qué consistan cada uno de esos términos —yo, mundo y texto—, "objetivamente", lo cual presupone una concepción bien determinada de aquellas nociones frente a las cuales el texto autobiográfico plantea los problemas más acuciantes: sujeto, representación, referencialidad. La lógica de la progresiva iluminación de instancias mediadoras previamente inadvertidas que organiza el planteo histórico que fuerza esta tergiversación de los planteos deconstructivos es claramente una extensión inadvertida de la figura de la reflexión tal como la conceptualizan las posiciones de orientación fenomenológica acerca de la autobiografía; de este modo, este modelo de relato de la historia de la autobiografía estaría cayendo en las mismas simplificaciones que pretende denunciar.

Por estas razones resulta de interés, en el marco de una problematización del discurso autobiográfico, volver sobre los textos de Paul de Man acerca de la teoría de la autobiografía, fundamentalmente "La autobiografía como desfiguración".¹ Los presupuestos de esta teoría son para de Man problemáticos básicamente por dos razones. En primer lugar, ella se sirve de una noción no problematizada de género que deja la autobiografía en un lugar híbrido o secundario, como si no pudiera constituirse del todo frente a los géneros centrales del canon tradicional. Es evidente que la autobiografía no puede caracterizarse según ese modelo, ya que resulta muy difícil dar con rasgos, formales o no, que puedan ser considerados precisamente "propios" de la autobiografía.

En segundo lugar, la tradicional distinción opositora entre autobiografía y ficción también se constituye como una fuente de problemas para las teorías tradicionales. Desde estos puntos de vista, la autobiografía funcionaría según un régimen de representación más simple, con menor cantidad de mediaciones, que el de los textos explícitamente ficcionales. Pero la garantía de la "no-ficcionalidad" de la autobiografía no es la veracidad de los acontecimientos referidos, sino un sujeto con una identidad válida y a su vez garantizada. La verdad de este sujeto aparecería también en la autobiografía bajo un régimen de mediaciones más simple (no habría que recurrir, por ejemplo, a la figura de un narrador ficcional). Éste era, por cierto, el paso hacia la especificidad característico de las posiciones fenomenológicas acerca de la autobiografía.

Frente a esto, de Man apela a temas con obvias resonancias semiológicas y estructuralistas: en lugar de suponer que la autobiografía

representa la verdad de un sujeto, la cual se constituye como su referente último, cabría pensar que la constitución referencial de ese sujeto depende de los recursos constructivos característicos del discurso autobiográfico. “¿[N]o podemos sugerir con igual justicia, —se pregunta de Man—:

que tal vez el proyecto autobiográfico determina la vida, y que lo que el escritor “hace” está, de hecho, gobernado por los requisitos técnicos del autorretrato, y está, por lo tanto, determinado, en todos sus aspectos, por los recursos de su medio?”. (69: 113)

De Man está interesado aquí en destacar cómo la autobiografía, como un modo de figuración entre otros, es capaz de adquirir “cierto grado de productividad referencial” (69: 113), lo cual invitaría a una puesta en cuestión de la tradicional distinción entre autobiografía y ficción a la que nos referimos más arriba.

Tras este giro estructuralista de la argumentación, de Man apela consecuentemente al clásico artículo de Gérard Genette “Metonimia en Proust” (1972). Allí Genette diseña un aparato figural, por llamarlo de alguna manera, capaz de dar cuenta, al menos en potencia, de la distinción entre ficción y no-ficción que parece resultar tan candente para los teóricos de la autobiografía. Este aparato depende en su constitución ya no de la adecuación respecto de un determinado referente dado (sea un acontecimiento o un sujeto), sino de los modos en que se constituyen textualmente las relaciones entre dos figuras emblemáticas en la obra de Marcel Proust, la metáfora y la metonimia. Si entre ellas se establece un lazo de causalidad genética, en el que la metonimia es la causa y la metáfora el efecto, nos encontraríamos en el marco del régimen de lo no-

ficcional, donde efectivamente se supone que la situación "le viene impuesta al autor por la historia o la tradición, y [...] es por lo tanto no ficticia" (Genette citado en de Man 69: 113). La subordinación teleológica de la metonimia respecto de la metáfora resulta, en cambio, la relación ficcional por excelencia, en la que la metáfora es el fin y la metonimia los medios.

Este primer paso de la argumentación demaniana basado en Genette es sin dudas fundamental, por lo cual puede convenir aclararlo usando el fragmento de *En busca del tiempo perdido* al que se remite en "Metonimia en Proust". Se trata del pasaje inicial de *Sodoma y Gomorra*, en el que el narrador, a la espera de los duques de Guermantes, decide observar una orquídea en el jardín el tiempo necesario para que dé con ella el abejorro que venga a fecundar la flor. Esta secreta posición contemplativa del narrador le permitirá asistir, al parecer sobre la base de una simple relación de contigüidad metonímica, al encuentro amoroso homosexual de Jupien, el chalequero, y el barón de Charlus. Este encuentro será objeto de los habituales manejos figurativos del narrador de *En busca del tiempo perdido* y se narrará entremezclado con las imágenes del abejorro que parece efectivamente haber llegado, con las cuales, sin que el narrador manifieste explícitamente una voluntad clara al respecto, se lo comparará.

Si suponemos que esta metáfora se da como resultado de esta proximidad inicial y azarosa, simplemente circunstancial (hipótesis que el mismo narrador refuerza [Proust 1989, IV: 15-6]) nos mantendríamos en el ámbito de lo tradicionalmente autobiográfico, es decir, en el régimen de lo no-ficcional, donde la vida impone la situación figurada

consecuentemente por el narrador. Ahora bien, si tenemos en cuenta las afirmaciones explícitas del narrador proustiano en *El tiempo recobrado* a propósito de la metáfora como finalidad última del arte (Proust 1988, VII: 239), debemos suponer que, en efecto, la metáfora floral es en el pasaje citado el fin último y por lo tanto la causa de las relaciones metonímicas entre flor, abejorro, Jupien y Charlus, que resultan de este modo subordinadas. Así, si consideramos que la finalidad de metaforizar de este modo la relación homosexual es el principio organizador del pasaje, todo el fragmento adquiere una fuerte carga de ficcionalidad y el vínculo entre homosexualidad y reproducción vegetal se convierte en necesario y autónomo, ya no azaroso y circunstancial. Todo el pasaje se orientaría, entonces, a la consecución del valor estético supremo según las formulaciones a propósito de la teoría de la novela que aparecen en *El tiempo recobrado*: el testimonio de la necesidad esencial de un ámbito estético autónomo, el de la metáfora, separado de cualquier referencialidad y de la percepción objetiva, bruta. La metáfora, en este caso la vinculación temática entre homosexualidad y reproducción vegetal, abre el juego de la interpretación de la relación y, por lo tanto, del diseño y ejecución de diversos proyectos exegéticos acerca de la misma. En suma, dispara los tradicionales mecanismos estéticos de consideración de la obra de arte, cosa imposible si sólo se tratara de una simple conexión metonímica.

Genette concluye a partir de este sistema de relaciones figurales que lo que se da en *En busca del tiempo perdido* es una indecidibilidad radical desde el lado de la lectura entre el carácter causalmente

dominante de la metáfora o de la metonimia y, por lo tanto, entre ficción novelesca y autobiografía. Sin embargo, según de Man, Genette no saca todas las consecuencias que podría de esta indecidibilidad y el resto de la argumentación del primero acerca de la autobiografía no se constituirá sino como un modo de tomar distancia respecto de la tranquilizadora estabilización estructural de las figuras llevada a cabo por Genette.

En efecto, de Man extrae del planteo de Genette una consecuencia relativa a una cierta textualidad general, en la que lo autobiográfico se convierte en una figura general de lectura válida probablemente para todo texto. La indecidibilidad indicada por Genette está señalando que su proyecto de distinción genérica entre autobiografía y ficción se basa en presupuestos problemáticos; por ejemplo, el de la identidad consigo mismo de cada uno de estos términos a pesar de la imposibilidad de distinguirlos. De Man procede entonces a distribuir las posiciones de la teoría tradicional de la autobiografía en el campo de una teoría general de la lectura. En efecto, la autobiografía se basa en la posibilidad de sustituir el sujeto que escribe por el sujeto que es escrito, ya que, efectivamente, son (o deberían ser) idénticos. Si, por ejemplo, se identificara al narrador de *En busca del tiempo perdido* con Marcel Proust, deberíamos suponer que el relato es autobiográfico y, por lo tanto, que la posibilidad de un narrador ficcional debería resultar excluida. De este modo, el discurso autobiográfico sería básicamente el de un autoconocimiento, el de la posibilidad de dar cuenta de sí mismo. De Man denomina esta figura característica de la autobiografía "estructura especular".

Ahora bien, toda operación de lectura de un texto pone en marcha este mecanismo de sustitución que sólo en apariencia se restringe al

discurso autobiográfico. En efecto, la comprensibilidad de un texto depende de que sea de alguien, es decir, de que resulte atribuido, al menos virtualmente, a un sujeto con determinadas intenciones significativas. La presuposición de que un sujeto quiere decir aquello que el texto dice, que es objeto de las operaciones de comprensión y, fundamentalmente, de que este núcleo de sentido puede ser recuperado más o menos idénticamente guía la posibilidad de un lector de comprender dicho texto (es decir, su posibilidad misma de constituirse como lector). Entonces, toda la operación de comprensión textual depende de la posibilidad de sustituir el sujeto del texto por el lector.

Sucede que la estructura especular es en efecto una estructura lingüística básica, que tiene que ver con las relaciones tropológicas de las que depende toda comprensión. Los tropos son relaciones de intercambio y sustitución de propiedades entre palabras, es decir, relaciones intralingüísticas, y de estas relaciones depende justamente la sustitución de sujetos en las operaciones de lectura. La construcción de un sujeto "histórico" al que el texto (sea autobiográfico o no) "pertenece" supone figuras productoras de subjetividad que constituyen un sistema tropológico de sustituciones. Todo conocimiento, incluido el de este "sujeto histórico", implica el funcionamiento de mecanismos de sustitución que justamente permitan que "algo" se vuelva conocido. La capacidad de conocer efectivamente algo depende para de Man de su sustitución figural, de modo que se vuelva así accesible al conocimiento: no hay nuevo conocimiento directo como acontecimiento absolutamente singular, sino que necesariamente está mediado por lo conocido, según una serie

de mecanismos retóricos registrables. Las figuras del lenguaje cumplen, de este modo, una función cognitiva básica: lo "no-conocido" sólo puede volverse conocido a través de una sustitución retórica.

Así pueden entonces caracterizarse también las figuras del autoconocimiento a las que nos referíamos anteriormente. Este autoconocimiento tampoco sería directo o absoluto, como en los planteos fenomenológicos, sino que dependería de figuras intralingüísticas de sustitución específicas. El sujeto no puede constituirse plenamente en sí y por sí mismo, según el modelo tradicional de la autoconciencia, ya que dicha constitución depende de mecanismos figurales que suponen siempre una apertura radical al efecto, a la lectura, es decir, a su reiteración en otro contexto. La posibilidad del autoconocimiento subjetivo que suponen las posiciones tradicionales acerca de la autobiografía está sujeta a los mecanismos que operan en la lectura y a todos los problemas y percances que esta operación puede suponer. Según de Man, la autobiografía exhibe de manera flagrante el carácter tropológico, relativo a figuras, del modelo especular de conocimiento, es decir, su sometimiento a la necesidad de la lectura; el poder de acceder cognitivamente a un sujeto, el cual parece estar detrás de las concepciones tradicionales a propósito de la autobiografía, es a su vez lo que la separa de su definitivo cumplimiento. La autobiografía "demuestra de manera sorprendente", indica de Man, "la imposibilidad de totalización (es decir, de llegar a ser) de todo sistema textual conformado por sustituciones tropológicas" (71: 114). A de Man le interesa destacar esta imposibilidad, desplazándose respecto de posiciones que, como la de Genette, suponen que un sistema de figuras (por ejemplo, el de las

relaciones entre metáfora y metonimia) puede alcanzar un plano de estabilización compensada que permita dar cuenta de su funcionamiento estructural sin acudir a otras instancias de análisis, según un modelo de conocimiento supuestamente absoluto que no puede escapar, sin embargo, a los mecanismos de sustitución tropológica de los que depende la función cognitiva de la retórica.

Ahora bien, podría suponerse que, si el sistema de sustituciones cognitivas que organiza la autobiografía como figura de autoconocimiento no puede alcanzar un punto de saturación definitivo, hay que acudir a esquemas no comprometidos con este tipo de estructuras cognitivas para encontrar el definitivo anclaje que permita definir con certeza las propiedades del discurso autobiográfico. Podría, entonces, apelarse a la noción de acción, de *performance*, como hace Philippe Lejeune. Sin embargo, de Man demuestra cómo, si se extraen todas las consecuencias de este tipo de planteos, la presuposición del acceso cognitivo por parte del lector a las intenciones del autor, es decir, la llamada estructura especular, sigue operando en el marco de estas teorías que apelan a los actos de habla en el camino hacia la definición específica del género. Sucede que, simplemente, al poner al lector en el lugar de aquel que debe reconocer la autenticidad del acto autobiográfico, éste debe hacerse cargo de operaciones cognitivas relativas a la certificación de verdaderas "intenciones autobiográficas" por parte del sujeto del acto. El lector no solamente interviene como parte de un contrato (el del "pacto autobiográfico" de Lejeune), sino que se convierte a la vez en el único juez capaz de verificar el cumplimiento de sus

condiciones. A través de esta necesidad de verificación se reintroduce en el planteo la estructura especular y tropológica ya descripta, característica de todo conocimiento.

Esto lleva a de Man a afirmar que:

[e]l estudio de la autobiografía está aprisionado en este doble desplazamiento, en la necesidad de escapar de la tropología del sujeto y la igualmente inevitable reinscripción de esta necesidad en un modelo especular de conocimiento (72: 114).

La imposibilidad de clausurar absolutamente un sistema de sustituciones desplaza todo el marco hacia un privilegio de la acción y la *performance* verbal, pero éstas encuentran finalmente su lugar en un régimen retórico cognitivo cuando se pretende dar cuenta de su funcionamiento bajo la forma de un conjunto de convenciones contractuales. Es importante destacar entonces que de Man no nos provee de ninguna aclaración definitiva respecto del funcionamiento último de las figuras que organizan el discurso autobiográfico (ésta sí era la pretensión de Genette), sino que su planteo se orienta a establecer las condiciones de imposibilidad de esa aclaración y a la vez las de su inevitable necesidad (motivada por la imposibilidad de saturación de los sistemas de sustitución tropológica).

Sin dudas es ilustrativo, respecto de esto último, que lo que la *doxa* teórica a propósito de la autobiografía atribuye a de Man como su aclaración última respecto del funcionamiento tropológico de la autobiografía, o sea, su análisis de la figura de la "prosopopeya", surja en realidad en "La autobiografía como desfiguración" de una lectura específica de un texto de Wordsworth, su *Essays upon Epitaphs*, con pocas pretensiones de alcanzar un nivel de generalidad teórica. Cuando la teoría no puede ya hacerse cargo de un pretendido "modelo

explicativo" general acerca del discurso autobiográfico, se expone su obvia e inevitable dependencia respecto de la referencia singular y específica a textos particulares; sin embargo, las versiones más complacientes de su pensamiento en torno de la teoría de la autobiografía leen equivocadamente este movimiento como una exposición general acerca de las estructuras lingüísticas que organizan el discurso autobiográfico, en la cual la prosopopeya ocuparía el lugar dominante. Los teóricos tradicionales de la autobiografía, de los que el de Loureiro es sólo un caso, tienden a otorgar una "voz teórica" a lo que en el texto de de Man es un análisis concreto de textos. Es evidente entonces que aquí se enfrentan dos concepciones de la teoría muy diferentes: por un lado, la tradicional, según la cual la teoría es el discurso acerca de la literatura pero en un plano de generalidad, sin remisión alguna a textos específicos más que como ejemplos accesorios; y por otro, la que tiene que ver con el reconocimiento de la imposibilidad de evitar la referencia a la particularidad de las obras en el plano de la teoría. Desde perspectivas tradicionales, se lee el planteo de de Man acerca de la constitución figural del texto de Wordsworth como si se tratara de la exposición de un sistema saturado de figuras, del que se puede dar cuenta en un plano de generalidad objetivante no sujeto ya a un régimen de sustituciones. Sin embargo, es evidente en el texto de de Man que las relaciones entre el análisis crítico de los presupuestos de la teoría de la autobiografía y la lectura de Wordsworth son bastante más complejas que las que supondría una simple ejemplificación.

En efecto, la lectura de de Man se construye alrededor de figuras de mutilación o carencia que organizan varios textos de Wordsworth y del consiguiente intento de restauración de lo ausente que es el objetivo central de los mecanismos tropológicos de sustitución que se despliegan en el texto. Cita, por ejemplo, la referencia en el final de los *Essays upon Epitaphs* a la historia de un hombre sordo que sustituye "los sonidos de la naturaleza por la lectura de libros" (72: 115). De Man condensa estos ejemplos alrededor del modelo del epitafio, entendiéndolo también como pretensión de restauración a través de figuras de lenguaje, pero esta vez frente a una carencia definitiva, la de la muerte. Esta pretensión implicará un juego de sustitución figural entre la vida y la muerte, aparentemente incompatibles.

La prosopopeya aparece entonces como la figura capital de esta sustitución específica. Esta figura puede entenderse como una "personalización", por ejemplo la atribución de rasgos humanos o personales a animales o cosas. Pero el interés de de Man se centra sobre el modo en que la prosopopeya da lugar a la posibilidad de poner un discurso en la boca de un personaje muerto o privado del habla. El epitafio, de este modo, supone otorgarle una voz a la piedra inanimada, que se dirige al lector circunstancial y correlativamente adquiere un rostro, el de la persona difunta (tal como lo manifiesta la etimología de prosopopeya). La autobiografía participa también de este mecanismo figural, ya que en ella se trata, del mismo modo, de conferir una voz y un rostro a un nombre propio, de postular un sujeto "por sobre" una escritura. La prosopopeya resulta, en este sentido, asociable a la metáfora, en tanto consiste en el arte de la transición, del proceso de sustitución, del paso

de la muerte a la vida, en el caso del epitafio, o del sujeto pasado y, en cierto sentido, muerto, al sujeto presente que lee.

Wordsworth denuncia, sin embargo, estos poderes de la prosopopeya por su carácter ficcional. Esto lo lleva a contraponer dos concepciones del lenguaje y de los tropos, aquella en la que el lenguaje es la carne respecto del alma, y otra en la que es simplemente el ropaje exterior de un cuerpo. Pero a de Man le interesa mostrar cómo el texto de Wordsworth desarma a partir de su propia constitución retórica los enunciados que afirma. En efecto, al denunciar la prosopopeya como posible falsa vestidura lingüística, Wordsworth se sirve de una cadena de sustituciones metafóricas, las transiciones recién mencionadas entre alma, cuerpo y ropajes, evidentemente afines a la función de dar vida o animación característica de la prosopopeya. De Man señala entonces el doble sentido que imponen los mecanismos de sustitución topológica, ya que si por un lado pretenden restaurar la vida desaparecida, al mismo tiempo son silenciosos, no hablan, y son casi imperceptibles. "En la medida en que el lenguaje es figura (o metáfora, o prosopopeya)," indica de Man, "es realmente no la cosa misma, sino su representación, la imagen de la cosa y, como tal, es silencioso, mudo como las imágenes lo son. El lenguaje, como tropo, produce siempre privación, es siempre despojador" (80: 118). Las figuras no sólo permiten dar vida a aquello que no la tiene (por ejemplo, a un "sujeto autobiográfico"), sino que también instalan la muerte en el mundo de los vivos: "al hacer hablar a los muertos, la estructura simétrica del tropo implica que, de la misma

manera, los vivos se quedan mudos, helados en su propia muerte" (78: 117).

Los tropos, constituyentes de la posibilidad de una transicionalidad plena entre ambos planos, introducen la muerte en el corazón de la vida o de su pretendida restauración.

Esto resulta evidente en el caso de la autobiografía: por un lado, se trata de la posibilidad de un sujeto de enfrentarse especularmente a sí mismo, de dar cuenta de su propia persona, de conocerse; pero, por otro, se muestra la imposibilidad de postular de un modo absoluto esa subjetividad dotada de vida a través de una exhibición del carácter silencioso de los tropos. El lenguaje de los tropos tenía para Wordsworth una cualidad restauradora, la de hacer conocido lo no-conocido; pero esta restauración es a la vez la amenaza de un peligro, de un despojamiento aun mayor, dado por el silencio de la representación figural "en sí misma". El lenguaje de las figuras, el de la metáfora y la prosopopeya, es silencioso y abre un vacío que termina con una privación de la voz misma: justamente por no hablar por sí mismas, las figuras pueden ser aplicadas sistemática y reiteradamente en un sentido técnico (el de los estudios tradicionales de la retórica, por ejemplo, con sus abstractos repertorios de tropos). Este uso técnico de las figuras, silencioso, produce sentido, pero a la vez expone (de manera patente en la autobiografía) el sinsentido y el silencio que operan en las condiciones mismas de la producción de ese sentido. De aquí el carácter doble de la autobiografía, que en su intento por rescatar una voz "propia" a través de las figuras del lenguaje, termina haciendo evidente la privación de sentido que supondría esa restauración sobre la base de medios lingüísticos.

Ahora bien, vuelve a ser oportuno señalar que lo que de Man está llevando a cabo es la lectura específica de un texto de Wordsworth. Sólo en el plano de una lectura que se lleva efectivamente a cabo puede desplegarse la desconstrucción demaniana: es de nuevo importante destacar que ésta no tiene lugar en un plano de generalidad conceptual. La conceptualización, en un plano tal, de los rasgos destacados y especificantes de la autobiografía como género implicaría dar por sentada la estabilización del sistema retórico que organiza el propio texto de de Man. Sin embargo, el planteo del mismo de Man pone en evidencia que, a la vez, esta presuposición de un *plus* de cognición sigue operando en toda la formulación. El modo en que se han leído las posiciones de de Man a propósito de la autobiografía, si es que existen en un grado tal de generalidad teórica, no surge de un error accidental: la constitución retórica de los textos de de Man se orienta inevitablemente hacia su generalización teórica como sistema cerrado de tropos, al quedar también sometida a protocolos cognitivos de lectura, impuestos institucionalmente por los modos académicos de conocimiento. El mismo de Man parece haber estado al tanto de esta inevitable posibilidad y desde este punto de vista deben entenderse sus enunciados generales a propósito de la autobiografía como el de que "[l]a autobiografía vela una desfiguración de la mente por ella misma causada" (81: 118), con el que cierra su artículo. En esos enunciados el texto de de Man expone aquello que la estructura de su propia argumentación desautoriza: la posibilidad de referirse con certeza a un ente llamado autobiografía en un marco cognitivo estable, aunque sea el del conocimiento cabal de su imposibilidad.

El planteo de de Man se orienta, entonces, hacia una transformación de las coordenadas del problema de la autobiografía: que ésta no pueda constituirse ya sin más como problema teórico (y que, de hecho, su propia estructura retórica exponga "alegóricamente" las condiciones de esa imposibilidad) no es una simple indicación acerca del carácter cognitivamente poco confiable del lenguaje, o de una imposibilidad radical de que a través de él podamos conocer algo que no sea lenguaje, sino justamente una exposición de la inevitabilidad del error. De Man no está negando de manera radical la relación entre autobiografía y sujeto a favor de un "panlingüisticismo positivo", sino desplazando las coordenadas en las que esa relación puede pensarse. Se tratará ahora ya no de explorar cómo un sujeto puede "animar" un discurso (fenomenología), ni de, paralelamente, dar cuenta de los mecanismos lingüísticos (metonímicos) de producción de subjetividad en el discurso (semiología), sino de diseñar un campo de lectura para la autobiografía en el que la tensión entre sujeto y lenguaje no se vea superada en ninguno de los dos sentidos alrededor de un principio absoluta y sustancialmente determinante. No se trata de una solución de compromiso entre dos vertientes de la teoría de la autobiografía en competencia, sino de una transformación del modo en que se problematiza la autobiografía en las lecturas de textos específicos. La autobiografía no tiene que ver entonces con la posibilidad de acceso privilegiado de un sujeto a sus vivencias interiores, ni con una gramática de "motivos autobiográficos" enumerables: su estudio sólo puede constituirse de manera verdaderamente crítica al no renunciar a las contradicciones de las que justamente surge su interés. En la

exacerbación de estas contradicciones y no en su resolución aparente a partir de una hipostatización de alguno de sus términos, se puede encontrar el punto de partida para una renovación del estudio de la autobiografía.

Notas

¹ Originalmente publicado en *Modern Language Notes*, n. 94 (5), diciembre de 1979; luego en *The Rhetoric of Romanticism*. New York, Columbia University Press, 1984. Traducido en *Suplementos Anthropos*, n. 29, Barcelona, *Anthropos*, 1991. Los números de página que aparecerán junto a las citas siguientes corresponden a *The Rhetoric of Romanticism* y a la traducción española, en ese orden.

Obras citadas

- Genette, Gérard. "Metonymie chez Proust". *Figures III*. Paris, Seuil, 1972.
- Lejeune, Philippe. *Le pacte autobiographique*. Paris, Seuil, 1975.
- Loureiro, Ángel G. "Problemas teóricos de la autobiografía". *Suplementos Anthropos*, n° 29. Barcelona: Anthropos, 1991.
- de Man, Paul. "Autobiography as De-Facement" *The Rhetoric of Romanticism*. New York: Columbia University Press, 1984.
- _____. "La autobiografía como desfiguración". *Suplementos Anthropos*, n. 29. Barcelona: Anthropos, 1991.
- _____. "La resistencia a la teoría". *La resistencia a la teoría*. Madrid: Visor, 1990.
- Proust, Marcel. *En busca del tiempo perdido*. Madrid: Alianza, 1988.